

DOS CONCEPCIONES RADICALMENTE DISTINTAS

Una es la de la reforma agraria y otra la de la corrección de los defectos estructurales, agrícolas y de los otros, al través de la industrialización y del desarrollo económico

Ejemplos prácticos en Cuba y en los otros países americanos, a cargo de Rusia y de los Estados Unidos

Por Angel ZORRILLA DORRONSORO

DESDE el asalto al poder de Fidel Castro—con la ayuda y regocijo de la prensa "liberal" norteamericana—, algunos cubanos han mostrado su extrañeza, en artículos y cartas abiertas, sobre la indiferencia o supuesta simpatía de los españoles hacia el régimen comunista allí implantado.

De las relaciones diplomáticas y comerciales de nuestro Gobierno con aquel país nada hemos de decir, pues el comentario carecería de base.

Tampoco es posible criticar la actitud de cuantos habiendo vivido la tragedia del "Maine" y del 98 aun disgustándose la actual situación cubana, no pueden por menos sentir cierto placer de revancha.

Más ha de admitirse que la posición de muchos españoles en relación a lo sucedido en Cuba es distinta de la que adoptaron cuando la represión de Hungría y, sobre todo, frente a lo sucedido en la zona roja española. Pero es que la actitud de Rusia en relación a España y Hungría ha sido, a nuestro juicio, radicalmente distinta a la adoptada en Cuba.

Ello no es que conduzca a mirar con mayor simpatía el régimen cubano, cuya tragedia interior na-

die puede vivir con más realidad que quienes sufrieron en España la zona roja. Por el contrario, lo que obliga es a observar lo que sucede allí con mucha mayor aprensión. A denunciar como extremadamente peligroso para el resto de Hispanoamérica el ejemplo de Cuba. A desear que el aborto chispazo del Brasil sea el último.

La actitud de Rusia con los países satélites es, y con la España roja fue, típicamente colonialista, ahogando cualquier esfuerzo que pudiera conducirlos a un rápido progreso económico y, a través de él, a un cierto grado de libertad política.

Es ésta misma la que los Estados Unidos siguen consciente o equivocadamente con los países hispanoamericanos, que resaltan, de una manera clara, a través de los objetivos de la famosa Alianza para el Progreso. Los que la Unión Soviética se ha fijado en Cuba son, precisamente, los opuestos.

PROPUGNA TODO, MENOS LA INDUSTRIALIZACIÓN

EN la Alianza para el Progreso se descubre a simple vista el deseo de Norteamérica de

aliviar de algún modo las situaciones de extrema pobreza y decaimiento y de cooperar a una moderada y modesta tasa de desarrollo. Por eso propugna reformas agrarias de viejo estilo, tendido de carreteras, montaje de una mínima infraestructura y construcción de viviendas. Pero de ningún modo la industrialización en serio de estos países y aquellas medidas que, mejorando su estructura agraria, no les suman, de modo inmediato, en períodos de retroceso, como el sufrido por Méjico tras sus radicales medidas en relación con la propiedad territorial.

La Unión Soviética está cooperando con todas sus fuerzas a la industrialización de Cuba y si la colectivización del campo ha hecho caer, como en todos los países socialistas, los rendimientos de las cosechas y ha sumido en los más profundos abismos su agricultura, el montaje de altos hornos, el de industrias elementales y el de otras de mayor alcance, son espejos en los que se miran los restantes países suramericanos, que desearían disfrutar de un apoyo análogo por parte de Norteamérica para la consecución de los mismos fines.

Con el bloqueo, objetivo perseguido con tenacidad por el actual Presidente Johnson, se trata de ahogar este pernicioso ejemplo, pero es difícil que desde Rusia, o desde países neutralistas, o desde otros situados en la órbita de la Unión Soviética, no reciba Cuba los materiales indispensables para promover su industrialización.

Aun cuando su escasa demografía le impida el montaje de fábricas que exijan 40 ó 50 millones de consumidores, incluso sobre su exigua capacidad de mercado se están instalando industrias de las rechazadas en los informes internacionales por adscribirse, sin más, a las naciones ya muy industrializadas, a las que parece atribuirse un don divino de que las otras nunca podrán disfrutar.

DOS CONCEPCIONES DISTINTAS

Se trata de dos concepciones radicalmente distintas: la de la vieja reforma agraria y la de la corrección de los defectos estructurales, agrícolas y de los otros, al través de la industrialización y el desarrollo económico.

Entre los compromisos adquiridos por los países firmantes de la Alianza para el progreso es uno

(Continúa en pág. siguiente)

DOS CONCEPCIONES RADICALMENTE DISTINTAS

(Viene de la pág. anterior)

de ellos la realización de una reforma agraria.

Extraña esta obligación cuando los Estados Unidos tienen fincas mayores de 100.000 hectáreas en poder de un solo propietario y hay países suramericanos, como el Uruguay, que disponen de 40 millones de hectáreas cultivables para una población más pequeña que Madrid. Cabría preguntar por qué Norteamérica no predica con el ejemplo en esas fincas de tan desmesurada extensión. La época de las reformas agrarias de la primera posguerra pasó hace ya muchos años y los modernos estudios de desarrollo económico concluyen, sin lugar a duda, que los defectos que aquellas reformas agrarias querían corregir no son causa de la pobreza, sino consecuencia del escaso desarrollo, más concretamente del raquitismo industrial: un liberalismo económico mal concebido impide la instalación de industrias que absorban población campesina, evitando el que un exceso de ésta se acumule sobre la tierra y roture montes estériles o escale cumbres inhóspitas.

Muchos países suramericanos, nosotros también, ¿y quién no?, deben completar su infraestructura; la construcción de carreteras,

ferrocarriles y aeródromos, también la de plantas hidroeléctricas, les es necesaria; pero estos esfuerzos deben compaginarse con colonizaciones a lo largo de las nuevas vías, como lo hicieron los norteamericanos el siglo pasado, y con la iniciación de una economía industrial.

Frente a cualquier objeción cabría preguntar por qué la industria mundial del calzado, en una ordenación lógica, no se sitúa en Uruguay o la Argentina. Y por qué también la textil no ha florecido en estos países o en Australia, que han de enviar a distancias astronómicas la materia prima para que allí sea hilada o tejida.

En Hispanoamérica el obstáculo mayor para un desarrollo vigoroso parece constituirlo su escasa densidad de población, que obligaría forzosamente a uniones para reunir núcleos de 25 a 30 millones de consumidores.

Pero es seguro que si supusiésemos, Dios no lo quiera, que algunas de estas repúblicas cayesen en manos de los soviets, las agruparían, "velis nolis", y las harían marchar por el camino de un rápido crecimiento económico en todos los sectores no agrícolas. Claro es que esto no lo hacen, como ya dijimos, en sus satélites.

UNICO REMEDIO

Sería de desear que ante el ejemplo de Cuba, y por la preocupación que para España pueda ser el que algún otro país caiga en la misma situación, algún centro de estudios económicos de aquí no sólo pudiese de manifiesto cómo la industrialización es el único remedio a los múltiples defectos de estas estructuras y cómo puede conseguirse esto, sino también cómo es posible hacerlo sin excesiva ayuda extranjera, como sucedió en España entre los años 1950 y 60, y como ha sucedido también, para vergüenza de

Occidente, en algún país socialista.

Porque, en otro caso, si un país se desarrolla fundamentalmente sobre una desmesurada aportación de capital foráneo, llega un momento en que necesariamente se sacude esta esclavitud. Y si a los americanos les pareció excelente esta liberación en el caso de Egipto y su canal de Suez, y en el del Congo en cuanto a los intereses belgas, no puede extrañarnos que Cuba haya hecho lo mismo y que igual suceda con otros países si los intereses americanos en ellos son aplastantes.

Porque, además, la revolución de Nasser y la de Cuba son un excelente negocio para los revolucionarios, que se apropian de un solo golpe los esfuerzos técnicos y económicos que durante decenios hicieron en ellos otros países.

Deseamos que el Presidente Johnson, que se ha empeñado de todo corazón en la Alianza para el Progreso, conduzca a ésta decididamente por el camino no sólo de la infraestructura y las viviendas, sino por el de la colonización de grandes zonas a lo largo de las nuevas vías y por el de la industrialización de las comunidades económicas que sea necesario formar. Y que haga nacer I. N. I. S., como parece intentar ahora la corporación financiera internacional.

Un conjunto de pueblos del Caribe progresando en libertad, a velocidad mayor que la cubana, en la industria y, sin dudarlo, en la agricultura, con un programa claro y definido de ayuda prestada sin compromisos, sería de eficacia política infinitamente mayor que el más cerrado bloque.

Y si la misma conducta clara se hubiese seguido en Asia, es posible que, con gastos mucho menores que los que se emplean en la guerra, no sólo se hubiese ganado el Vietnam del Sur, sino toda la península de Indochina.